DESDE LA "GRAN CIUDAD DEL SUEÑO" A LA EDITORIAL ATRAPASUEÑOS: MIGUEL HERNÁNDEZ, LOS CUENTOS PARA NIÑOS Y SU LEGADO PARA FUTURAS GENERACIONES

Francie Cate-Arries

En febrero de 2017, la editorial Nórdica Libros publicó una nueva edición de *Cuentos para mi hijo Manolillo*, cuatro cuentos infantiles que el poeta redactó entre rejas, transformando hojas de papel higiénico en pliegos maravillosos llenos de criaturas curiosas que emprenden varias aventuras: el potro obscuro cuyos pequeños jinetes—el niño, la niña, el perrito, la gatita, la ardilla—cabalgan hacia "la gran ciudad del sueño"; el osado conejito que logra entrar en un huerto cercado, descubriendo una cornucopia de ricas hortalizas; los pajaritos que aprenden a volar hacia las estrellas de los cielos; la gatita mancha, que se pierde enredada tal nueva Ariadna entre los hilos del costurero laberíntico[1]. Desde la publicación en 1988 de los primeros dos cuentos en una edición de José Carlos Rovira, los investigadores e investigadoras de estos relatos los han estudiado según su relación con el mundo poético de su última época: Rovira se refiere a los cuentos como "un espacio de contraseña amplio, en relación al mundo del *Cancionero y romancero de ausencias*", y examina los motivos temáticos de los relatos en términos de sus versos, acercamiento

1. Miguel Hernández, *Cuentos para mi hijo Manolillo (Para cuando sepa leer)*, Madrid, Nordica Libros, 2017. Es interesante notar que Hernández no es el único escritor encarcelado quien encuentra en el papel higiénico la materia prima para sus reflexiones creativas. Treinta y cinco años después que Hernández compuso sus cuentos infantiles, el escritor keniata Ngugi wa Thiong'o decidió seguir redactando entre rejas su nueva novela: "Recurrí al papel higiénico. Cada vez que he contado esto, la gente se ha reído o me ha mirado con ojos interrogantes. Pero no había ningún misterio en el hecho de escribir en papel higiénico. El de Kamiti era especialmente basto, puesto que la idea era castigar con él a los presos. Pero lo que era malo para el cuerpo era bueno para el lápiz", *Descolonizar la mente: la política lingüística de la literatura africana*, trad. Marta Sofía López, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial, 2015, p. 128.

crítico que comparten otros[2]. Algunos buscan comprobar si la declaración que hizo Hernández sobre los cuentos, que los habría traducido del inglés, puede ser certera[3]. Es sin duda Jesucristo Riquelme quien ha dado en el clavo sobre esta cuestión, sugiriendo que no fueran traducciones del inglés, sino posibles adaptaciones de conocidos cuentos infantiles: identifica el cuento de los hermanos Grimm, "Los músicos de Bremen", como posible inspiración para "El potro obscuro" y *Perico el travieso* de la inglesa Beatrice Potter, como una fuente de "El conejito.[4]" Además, hay que tener en cuenta el testimonio de un antiguo compañero de Hernández de la prisión en Ocaña, Fernando Fernández Revuelta, quien recuerda que "Del inglés no tenía ni idea [...] Pero de inglés, ni torta"[5].

Por mi parte, me interesa identificar *Cuentos para mi hijo Manolillo* como documentos primarios que expresan de forma elocuente el afán del padre de introducir al hijo al mundo de la lectura; no nos olvidemos que la segunda parte del título es "*(para cuando sepa leer)*". Ya sabemos, por el epistolario que guardó su viuda Josefina Manresa, que el padre ausente siempre quiso participar en la educación del niño, instruyéndole desde lejos por medio de los consejos que le escribe a su esposa: "Razónale todas las cosas y no dejes sin satisfacer su curiosidad y su fantasía recién despierta a la vida"[6]; "Mi

2. José Carlos Rovira, *Ultimas ausencias para un niño: Algunas notas a dos cuentos traducidos por Miguel Hernández*, Madrid, Palas Atenea Ediciones, 1988, p. 31. Véase también: María Payeras Grau, "Apuntes sobre el bestiario hernandiano", en José Carlos Rovira (coord.), *Miguel Hernández, 50 años después: Actas del 1º Congreso Internacional,* Vol. 1, Alicante, Comisión del Homenaje a Miguel Hernández, 1993, pp. 471-478; e Ignacio Sánchez, "Defendiendo la risa. Ideas de la infancia en los cuentos para Manolillo", en Carmen Alemany Bay, Miguel Ángel Auladell Pérez y José Luis V. Ferris (eds.), *Miguel Hernandez, 1910-2010*, vol. 2, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2012, pp. 641-651.
3. En 2010, Rovira publica un segundo estudio de los cuentos infantiles, "De la poesía de guerra a las 'últimas ausencias' de Miguel Hernández", incluido en el volumen que acompañaba la exposición por su centenario, *Miguel Hernández: La sombra vencida, 1910-2010,* Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2010, vol. 1, pp. 114-123; cada ejemplar del catálogo incluye el intrigante facsímil a tamaño natural del manuscrito redactado en el papel higiénico de la prisión. En su ensayo, Rovira se corrige a sí mismo, aclarando que los cuentos "no son traducciones, sino mensajes como juegos para su hijo en los que ha querido plasmar una metáfora de la libertad, una metáfora ingenua de liberación", "De la poesía de guerra a las 'últimas ausencias' de Miguel Hernández", p. 122. Rovira repite esta aserveración en "De últimas ausencias y varias persecuciones", en Alemany Bay, Auladell Pérez y Ferris (eds.), vol. 1, *op. cit.,* pp. 119-136; véase especialmente pp. 122-123.
4. Jesucristo Riquelme, "Las misiones pedagógicas y Miguel Hernández", en Alemany Bay, Auladell Pérez y Ferris (eds.), vol. 1, *op. cit.*, pp. 59-79; y Jesucristo Riquelme (ed.), *La obra completa de Miguel Hernández: poesía, teatro, cuentos y crónicas*, Madrid, EDAF, 2017, p. 1571.
5. Eutimio Martín, *El oficio de poeta Miguel Hernández,* Madrid, Aguilar, 2010, p. 635.
6. Josefina Manresa, *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández,* Madrid, Ed. de la Torre, 1980, p. 144.

hijo heredará de su padre, no dinero: honra. [...] Tú sabes cuál es la honra que quiero para nosotros y nuestro hijo"[7]. Por otra parte, se confecciona entre muros una modesta herencia material para su hijo, en forma de varios juguetes, animalitos que luego poblarán los cuentos, entre ellos, según las cartas de Hernández, un "caballo blanco y rubio" y un perro "de los más rabiosos para que tú lo ates en el patio y guarde la casa de los ladrones"[8]. Pero, para este poeta con fe inamovible en el libro como herramienta capaz de transformar el futuro del pueblo, sin duda el legado más precioso que pudo dejar al hijo era su primer libro. Que las primeras palabras que lea el hijo cuando entre en la maravillosa ciudad del sueño que le abre la lectura, sean del padre. Josefina recuerda el día de la visita en la prisión, acompañada de Manolillo, cuando Miguel, ya gravemente enfermo, quiso presentarle el librito: "Lo sacaban entre dos personas, que no sé si serían presos, cogido del brazo y lo dejaron agarrado a la reja. Llevaba un libro en la mano, eran dos cuentos para su hijo que él había traducido del inglés. Al terminarse la comunicación [Miguel] quiso darle él por su mano el libro al niño y no lo dejaron, como era su deseo. Así me lo decía en una esquela. Un guardia se lo tomó, y me lo dio a mí"[9].

Partiendo del frustrado intento del poeta de poner los cuentos directamente en las manos de su hijo, me interesa explorar en este ensayo cómo el legado hernandiano del libro infantil sí se ha transmitido con pleno éxito a futuras generaciones de lectores y lectoras, formando parte de su concienciación cultural y su formación ciudadana. Me propongo examinar tres momentos clave en la historia española, cuando las palabras de Hernández y el ejemplo vital que se les ofrece a nacientes lectores, tanto adultos como niños, reflejan inquietudes, aspiraciones y objetivos pedagógicos, de acuerdo con determinadas circunstancias socio-políticas del momento. Primero, ofrezco un resumen del compromiso de Hernández con las Misiones Pedagógicas de la II República y los proyectos de alfabetización durante los años de la guerra civil, haciendo hincapié en su creencia que el libro es una especie de vara mágica que puede ensanchar el mundo del pueblo, abriéndole paso a nuevos horizontes y liberándolo de las cadenas de la ignorancia. Segundo, me centraré en el momento en plena transición a la democracia, cuando se publica en 1979 la primera edición infantil de sus versos, incluida en la colección *Alba y mayo*, de Ediciones de la Torre. Por último, concluiré con un breve comentario sobre el libro juvenil con materiales didácticos publicado en 2010 por la Editorial Atrapasueños, *Y lo llamaban Carapapa: Un relato y unas actividades en memoria de Miguel Hernández.*

---

7. David Becerra Mayor y Antonio Antón Fernández, *Miguel Hernández: La voz de la herida*, Córdoba, El Páramo, 2010, p. 142.
8. José Carlos Rovira, *Ultimas ausencias para un niño*, *op.cit.*, pp. 20-21.
9. Manresa, *op. cit.*, p. 154.

Antes de examinar los dos libros infantiles ya señalados, así como el criterio pedagógico de valores cívicos que las editoriales han buscado difundir entre sus lectores por medio de la vida y la obra de Hernández, me interesa destacar la figura de Hernández como apasionado defensor del derecho de todos y todas a acceder a la palabra escrita. Varios investigadores han estudiado la participación del poeta en las excursiones de las Misiones Pedagógicas en los años treinta, recalcando sus intervenciones entusiastas en recitales de poesía y lecturas públicas. Según las crónicas de las misiones, al inaugurar cada visita en cada pueblo que visitaban los misioneros, siempre se leía en voz alta el mensaje del presidente del Patronato de las Misiones Pedagógicas, Manuel Cossío, palabras que expresaban uno de los propósitos principales: "despertar el afán de leer en los que no lo sienten," afirmando que "cuando todo español no solo sepa leer—que no es bastante--, sino tenga ansia de leer, de gozar y de divertirse, sí, divertirse leyendo, habrá una nueva España"[10] Riquelme documenta que el 26 de abril de 1935, justo antes que Hernández recitara el romance "La loba parda," en su primera misión en el pueblo de Vitigudino en Salamanca, que el inspector de escuelas de la zona, Juan Francisco García y García ofreció un emotivo homenaje al libro: "¡Libros! ¡Libros! He aquí una palabra mágica que equivale a decir ¡amor!, ¡amor! y que debían pedir los pueblos como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras"[11].

Por su parte, ya en febrero de 1937 en plena guerra, Hernández fue el responsable de inaugurar una biblioteca destinada a los combatientes republicanos. Sus palabras de presentación se hacían eco de las ideas de Manuel Cossío, que el compromiso educativo para con su pueblo respondía a un deber ético:

> Tenemos que advertir la profunda significación que las bibliotecas han de tener en nuestra República de trabajadores, que ha de ser una república de laboriosidad y cultura. Un pueblo sin libros, llegaría a ser fatalmente un pueblo sin hombres, no sería un pueblo, sino una selva, un pueblo sin poetas, es un pueblo amordazado, inconsciente, brutal: es un cementerio poblado. Los libros, los que se han escrito y se escriben con el corazón, con el conocimiento de todas las cosas de la vida, piden a gritos, ojos que los descifren, los comprendan y los respeten[12].

10. Alejandro Tiana Ferrer, *Las misiones pedagógicas: Educación popular en la Segunda República*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016, p. 89.
11. Riquelme, "Las misiones pedagógicas," *op. cit.*, p. 78. Para un detallado estudio de Hernández y las misiones pedagógicas, véase también José Luis Puerto, *Miguel Hernández en las misiones pedagógicas por tierras salmantinas*, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2010.
12. *Ibid.*, 74.

Seis años antes, en el preámbulo del decreto republicano de 1931 que estableció las bibliotecas en las escuelas nacionales, el ministro de Instrucción Pública, Marcelino Domingo, expresó la esperanza de ver cumplido el papel de pequeñas bibliotecas rurales: "que hicieran el libro asequible y deseable; que lo lleven fácilmente a todas las manos"[13]. Como apunta Manresa, el último deseo de Hernández fue, efectivamente, dejarle en manos del hijo, el primer libro que le encaminara en la milagrosa aventura de la lectura.

Cincuenta años después de la muerte del poeta, en su comunicación en el congreso organizado por la Comisión del Homenaje a Miguel Hernández, María Luisa Calvo explicó los orígenes de la primera colección de poesía para niños publicada por Ediciones de la Torre, *Alba y mayo*, nombre inspirado por los archiconocidos versos del poeta que celebran al niño, "creador de alba y mayo"[14]. Gestionada la editorial en vísperas de la transición a la democracia, inauguró sus libros infantiles con la antología *Miguel Hernández para niños*[15]. En el acto de presentación del libro en 1979, el editor Francisco Esteve explicó que se concibió el libro de treinta poemas como proyecto pedagógico: "La idea de este libro surgió de un grupo de maestros y profesores que consideraban interesante disponer de un texto antológico de la obra de Miguel Hernández, concebido para niños"[16]. En la comunicación referida que se presentó años después, María Calvo recordó la esperanza que se despertó en muchos españoles en el año 1975, y la desilusión que vino después; fue una época, dice, "que para muchos supuso nuevas esperanzas, en general hoy insatisfechas".[17] Pero por eso mismo, explica Calvo, el ejemplo del poeta todavía vigente en los libros infantiles, e inicialmente disponible en la primera fase de su propia colaboración con Ediciones de la Torre, en la colección *Alba y mayo*, es más necesaria que nunca en 1992: "Hernández es el germen de la colección porque él y su obra son una simiente viva para una etapa como es la infancia, de germinación profunda y de frutos muy sanos para alimentar a nuestros niños en época tan seca".[18] A continuación, explica que en tiempos como los que vive, a veces solo el niño "es capaz de hacer germinar sus sueños", frase que puede hacer pensar en la ciudad del sueño vislumbrada en el cuento que regaló Hernández a su hijo. Castro concluye: "Por ser época de utopías caídas, nece-

13. Tiana Ferrer, *op. cit.,* p. 95.
14. "Rueda que irás muy lejos", Riquelme (ed.), *La obra completa*, p. 846.
15. Francisco Esteve (ed.), *Miguel Hernández para niños*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1979.
16. Bel Carrasco, "Antología de Miguel Hernández para niños", *El País,* 21 diciembre de 1979, https://elpais.com/diario/1979/12/21/cultura/314578803_850215.html
17. María Luisa Calvo, "Miguel Hernández: Germen de una colección de poesía para niños", en Rovira (ed.), *op. cit.*, p. 937.
18. *Ibid.*, p. 939.

sitamos apoderarnos del lenguaje que nos permita nombrarlas y descubrirlas. Buscamos ese lenguaje en los poetas. Los niños son sus mejores herederos".[19]

La colección de poesía para niños *Alba y mayo*, así como unos trece títulos que hasta la fecha ha publicado Ediciones de la Torre sobre la obra de Hernández, dejan constancia de que el compromiso por parte del poeta de cultivar el afán de la lectura y transformar al pueblo por ponerle libros al alcance de la mano, no se extinguió en una celda franquista. De hecho, en 1979, con la publicación de la antología poética de Miguel Hernández para niños, la joven editorial en el temprano posfranquismo se identificó a base de los siguientes valores cívicos y humanitarios:

> El libro es el mejor medio de comunicación del pensamiento humano. Autor, traductor, editor, diseñador e ilustrador, impresor, distribuidor y librero, coordinan sus conocimientos y su trabajo hasta conseguir un producto agradable, económico y asequible para todo el mundo, de fácil circulación y conservación, de valor permanente y universal. Ningún otro medio de comunicación conocido hasta hoy reúne estas cualidades. Las bibliotecas son el mejor depósito de la cultura. Los profesionales de la Crítica y de la Enseñanza ayudan y orientan a los lectores sobre los libros más adecuados a sus necesidades. La lectura es una necesidad y un placer y su extensión es garantía del progreso humano y social. El factor más importante del libro es el lector [...][20].

No es de extrañar que el fundador de la editorial y autor del texto citado, José María G. de la Torre, editara panfletos clandestinos contra el régimen, antes de fundar su empresa. Hoy en día, Ediciones de la Torre define su ideología en términos profundamente hernandianos: "Nada por encima del hombre, de la especie humana. Nada que lo amedrente ni lo esclavice, nada que pueda reducir su tamaño, su libertad, su felicidad"[21]; "Concebimos la edición como una función social, y la cultura como una función germinativa, en la que las ideas, los conocimientos, la belleza y la creación humana nos dan instrumentos para transformar día a día y entre todos nuestra sociedad en un colectivo en el que podamos vivir todos"[22].

19. Calvo, *op.cit.*, p. 940.
20. *Miguel Hernández para niños*, *op. cit.*, p. 95.
21. Ediciones de la Torre, Cuadernos de la Torre, "Ideología", http://cuadernosdelatorre.es/ideologia/
22. Ediciones de la Torre, Cuadernos de la Torre, "Nosotros", http://cuadernosdelatorre.es/about/

A continuación, ofrezco un abreviado análisis de otro libro para niños sobre la vida y la obra de Hernández, publicado en 2010, *Y lo llamaban Carapapa: Un relato y unas actividades en memoria de Miguel Hernández*, de la Editorial Atrapasueños. Si el libro *Manuel Hernández para niños,* de Ediciones de la Torre, nació en un momento del temprano posfranquismo, con el propósito de concienciar a la primera generación de españoles criada en tiempos de democracia, este nuevo libro es producto de un equipo editorial sevillano con fines didácticos que emergió en 2005 de los movimientos sociales y las plataformas altermundistas, específicamente, de la "Asociación Trabajando contra el paro de San Diego" en Sevilla. El impulso pedagógico conforma el pilar de sus colecciones, ya que su fundación responde, dicen sus directores, a "la falta de herramientas didácticas para llegar al mayor número de personas, ya sea en el ámbito educativo reglado o en los espacios creados desde los colectivos u organizaciones"[23]. Su lema, *Otra cultura es posible*, se reafirma en la descripción que encabeza la página web: "La librería Atrapasueños abre sus puertas a la ciudadanía crítica, a los amantes de la poesía comprometida y de la música más sentida. Publicaciones con gran compromiso para cambiar el mundo, haciéndolo más humano y justo. Herramientas para comprender qué es lo que nos rodea y qué procesos vive el Planeta"[24]. El libro *Y lo llamaban Carapapa*, y los materiales didácticos incluidos reflejan estos valores cívicos, ya que lo que se subraya en la trama son una serie de conceptos introducidos por el ejemplo de Hernández: el amor por el pueblo; la mejora de la vida de los pobres; la lucha por un mundo más justo; la libertad como derecho humano fundamental.

En su estudio de la memoria de la guerra civil en la literatura infantil y juvenil, Isabelle Grafin Deym caracteriza esta narración "como lugar de contra-memoria de primera orden [...] como voluntad explícita de dar homenaje a los vencidos de la guerra para sacarlos del olvido"[25]. Explica Grafin Deym que se define "por su carácter de memoria comunicativa y oral" y que muchas veces se presenta "mediante un marco de narración de diálogo entre abuelo y nieto"[26]. Este es el caso en el relato *Y lo llamaban Carapapa*. La nieta Helena

23. "Primeros pasos del proyecto editorial multicultural 'Atrapasueños' con la inauguración de su librería en Sevilla", *Aula intercultural. El portal de la educación intercultural,* http://aulaintercultural.org/2006/01/29/primeros-pasos-del-proyecto-editorial-multicultural-atrapasuenos-con-la-inauguracion-de-su-libreria-en-sevilla/

24. "¿Quiénes somos?, Editorial Atrapasueños", http://www.libreria-atrapasuenos.com/content/4-sobre-nosotros

25. Isabelle Grafin Deym, "La memoria de la Guerra Civil Española en la literatura infantil y juvenil", *Stud. hist., Historia cont.,* 25 (2007), p. 182.

26. *Ibid.*, p. 184.

de diez años, llega a casa quejándose de que su profesor le ha mandado un trabajo sobre un tal poeta Miguel Hernández. La abuela le cuenta una larguísima historia, que transcurre desde la sobremesa de la comida hasta la hora de acostarse, mientras que el espacio narrativo compartido entre la abuela y la nieta se va ensanchando, para incluir a más familiares ávidos de escuchar a la anciana contar la historia del amigo del abuelo durante la guerra, Miguel Hernández. El perfil del poeta que la abuela les transmite a sus interlocutores se caracteriza por su entrega al pueblo y su compromiso con la justicia social: "Tenía un gran amor por el pueblo, por las personas sencillas. En verdad quería cambiar el mundo, mejorar la vida de las personas"[27]. La narración de la abuela asimismo posiciona al abuelo de la niña Helena—hija ésta de un padre albañil--, dentro del compromiso ideológico y la lucha social de los republicanos: "Tu abuelo y su amigo poeta [...] sí sabían por qué estaban en el bando republicano. Ellos defendían la República, creían que los trabajadores podían vivir mejor y tener más cultura"[28]. A diferencia de los primeros libros juveniles sobre Hernández publicados en la transición democrática, este introduce elementos históricos que presentan al poeta también como un ser político, que sufrió represalias y persecución.

Entre las treinta y cuatro páginas de texto, que incluyen poemas que recita la abuela y canta la madre, se incorporan diez ilustraciones de tipo cómic. En la última viñeta de la sala ya vacía a altas horas de la noche, una vez concluida la historia oral de la abuela, se ve en la mesa un nuevo librito dibujado entre las páginas de este tomo que el niño o la niña trae en las manos: es el trabajo acabado de Helena, con el nombre del poeta en la portada, firmado por la joven, nueva lectora ávida y productora ella misma de otra adaptación infantil inspirada por el ejemplo vital del poeta. En un epílogo intrigante, uno de los colaboradores del Grupo de Pedagogía Popular de Atrapasueños que elaboró estos materiales, José Manuel Mariscal Cifuentes, recordó una anécdota de su infancia. Llegó a casa en los años ochenta y le pidió a su padre que le ayudara con los deberes: escribir un comentario sobre "Las nanas de la cebolla." Cuál fue su sorpresa cuando su padre se acercó a una estantería, sacó un libro y le leyó el poema en voz alta, explicándole luego un poco de su autor, Miguel Hernández. Lo que impresionó al hijo tanto como las palabras del padre sobre los que no tenían nada, luchaban por el futuro de sus hijos y defendían la justicia, era el hecho de que su padre era dueño del libro. Al día siguiente en el cole, les dice con orgullo a los compañeros: "Pues mi padre tiene un libro con más poesías de este señor." Concluye su memoria así: "Cuan-

27. *Y lo llamaban Carapapa*, *op. cit.*, p. 20.

28. *Ibid.*, p. 21.

do volví a casa, me fui a la estantería, cogí aquel libro y me puse a leer"[29]. Y así le nació la conciencia.

En el hermosísimo homenaje de Pablo Neruda escrito meses después de la muerte de su amigo, dice de los poetas ya ausentes: "Viven más abajo que todas las páginas, más altos que las bibliotecas, menos herméticos a través de la muerte, soltando cada vez más esenciales raíces en la profundidad, raíces que van subiendo hacia la superficie y ascendiendo a través de los hombres para mantener las luchas y la continuidad del ser..."[30]. Arraigados a las raíces de la palabra poética de Miguel Hernández, siguen elevándose todos sus lectores y lectoras, niños, jóvenes y adultos, hacia la cuidad del sueño. Otro mundo es posible.

29. José Manuel Mariscal Cifuentes, "Epílogo", *Y lo llamaban Carapapa*, *op. cit.*, p. 70.
30. Pablo Neruda, "Miguel Hernández", *Revista Litoral*, 189-190 (1991), p. 129. En la introducción del texto, Neruda describe a su amigo en términos de su "carapapa": "Miguel era tan campesino que llevaba un aura de tierra en torno a él. Tenía una cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva frescura subterránea", *Ibid.*, p.126.